

lico. ¿Cuánto duraría, empero, ese dique? Con la llegada del modernismo, muchos católicos, y entre ellos muchos sacerdotes y obispos, deseosos de «reconciliar» a la Iglesia con el mundo moderno, empezaron a sentir fastidio de ese Maná sustancial de la Misa, y a suspirar por las codornices (Num. 11). Sí, muchos sacerdotes dejaron de comprender y de vivir su Misa, y desearon un cambio radical de la liturgia de la misma, que la devolviera a su supuesta «pureza primitiva». Por supuesto, el demonio, que era el que insuflaba esos anhelos de cambio, sabría aprovechar la ocasión, con motivo del concilio Vaticano II, para hacer un jaque mate al Sacrificio perpetuo, y reemplazarlo por una cena, un rito de corte protestante.

También aquí es triste comprobar cómo el demonio estaba detrás de esta reforma, puesto que coincide de manera sorprendente con la notable predicción del sacerdote apóstata y ocultista Paul Roca (1830-1893), que, conocedor de los planes de su secta, auguraba en pleno siglo XIX:

«El culto divino en la forma actual de la liturgia, el ceremonial, el ritual y los cánones de la Iglesia romana, pronto experimentarán una transformación en un Concilio ecuménico, que los restaurará a la verdadera simplicidad de la edad de oro de los Apóstoles de acuerdo con los dictados de la conciencia y la civilización moderna».

«Si non é vero, é ben trovato», dicen los italianos. El paralelo entre la «profecía» de Roca y la reforma de Pablo VI no deja de ser sorprendente:

• *Es un Concilio ecuménico, el concilio Vaticano II, el que, en su constitución Sacrosanctum Concilium, pone los fundamentos para una revisión general del Misal romano.* • *Pablo VI declara, en su Constitución Missale Romanum, que esta revisión se hace «de acuerdo con la primitiva norma de los Santos Padres», «sacando a la luz sus riquezas doctrinales y espirituales», para iluminar y nutrir a los fieles en consonancia con la mentalidad contemporánea.*

Conclusión.

Lutero y los enemigos de la Iglesia no erraban el tiro, por la sencilla razón de que detrás de ellos se movía el demonio. No se equivocaban: **la Iglesia entera se apoya, como sobre una Roca, en el Santo Sacrificio de la Misa.** Por eso no tememos afirmar que toda la actual decadencia y corrupción de la vida cristiana encuentra su causa en la Misa nueva, o en la ausencia y abolición de la Santa Misa tradicional entre el pueblo fiel. Donde este sacrificio desaparece, desaparece la civilización genuinamente cristiana.

Al contrario –¡cristiano, a tus armas!–, con la Santa Misa y el Santo Rosario, que son las dos columnas que San Juan Bosco vio emerger del mar en su famoso sueño, es posible reconstruir una vida cristiana auténtica en toda su amplitud y en todos sus frentes, y con ella una verdadera Cristiandad.

Odio de Satanás contra la Misa católica

En la Hojita de Fe nº 321 se afirmaba que «*el pensamiento que ha guiado las reformas [de la Misa], en su raíz y coherencia interna, es verdaderamente satánico, sin exageración*». En esta presente Hojita de Fe queremos justificar dicho aserto, completando la crítica fundada de la Misa nueva que hemos hecho en las anteriores Hojitas de Fe con la consideración de los entresijos del verdadero drama –porque tal fue– consistente en pretender «*abolir el sacrificio perpetuo*» (Dan. 9 7) para reemplazarlo por una cena.

1º Odio del demonio contra la Santa Misa.

Si creemos que *el Espíritu Santo* asiste a la Iglesia y hace en ella las veces de alma, no nos costará comprender hasta qué punto fue El quien se cuidó de la esmerada elaboración del tesoro más grande que Cristo confió a su Esposa, y que es el Santo Sacrificio de la Misa. El fue, en última instancia, quien se encargó de que las ceremonias en que se desglosa el Misterio eucarístico fueran la más cabal expresión de la fe católica y de la realidad augusta que en él se encierra.

Mas si creemos también que *Lucifer* se aplica con todas sus fuerzas a anular y neutralizar la obra de redención proseguida por la Iglesia, no nos costará tampoco comprender cómo su inteligencia angélica le hace captar al instante hacia dónde debe dirigir sus principales golpes para lograrlo, a saber, contra el Sacrificio de la Misa.

Lucifer movió a los jefes del pueblo judío a deshacerse de Nuestro Señor, pues era consciente de una excepcional presencia de Dios en Jesucristo; pero en nada quería ni pretendía entrar en el plan divino de la Redención. Su orgullo le impidió comprender el misterio de un Amor que llegaba hasta la divina locura de una inmólación en la Cruz. «Si los demonios –dice Santo Tomás– hubiesen estado absolutamente ciertos de que Nuestro Señor era el Hijo de Dios, y hubieran sabido de antemano los efectos de su Pasión y Muerte [la restauración del género humano en la vida sobrenatural de la gracia], nunca hubieran hecho crucificar al Señor de la gloria, como enseña San Pablo (I Cor. 2 7)».

Así pues, demasiado tarde comprendieron los demonios el sentido del sacrificio del Calvario; en cambio, están ahora perfectamente enterados del significado y valor de la Santa Misa. Su rabia se adivina en sus esfuerzos por impedir su celebración. Pero,

no pudiendo suprimirla totalmente, Lucifer intenta al menos reducir su número y limitarla al menor número posible de personas...

De hecho, en la historia se observa que los sacerdotes han sido siempre el blanco peculiar del odio infernal, no sólo por ser los cristianos por excelencia, sino por ser **los hombres de la Misa**. Así se explica el odio a la Misa y al sacerdocio mostrado por la Revolución, masónica o comunista, en España, en Méjico y en otras partes. Todas las revoluciones, francesas, rusas, españolas o americanas, han cerrado y destruido las iglesias, perseguido y asesinado a los sacerdotes, con el fin de impedir cuanto más se pudiera la celebración diaria de la Misa.

Pero «desde el levante hasta el poniente, en todas partes se sacrifica y ofrece a mi Nombre una oblación pura» (Mal. 1 11). Este es el orden divino, tal como lo señala el profeta Malaquías: que la Misa sea celebrada, y bien celebrada; que lo sea de levante a poniente, en todas partes; que para celebrarla haya numerosos sacerdotes, santos y doctos en la ciencia de Dios; que todo, en este mundo, se ordene a que los méritos de la Misa se extiendan lo más abundante y totalmente posible al mayor número de almas. Esa es la finalidad de todos los esfuerzos de la Iglesia, su más sublime meta. Y eso es lo que Satanás no puede dejar de combatir por todos los medios.

2º Odio de Lutero contra la Misa.

Con todo, durante el tiempo de Cristiandad, en que el *Misterio de Cristo* prevalecía sobre el *Misterio de iniquidad*, no dejó el Espíritu Santo que este tesoro de la Misa le fuera arrebatado a la Iglesia. Mas debía llegar luego el tiempo en que, según los planes de Dios, se daría libertad y pujanza al *Misterio de iniquidad*, y se permitiría al demonio librar un ataque al corazón de la Iglesia, que es la Misa. Y el instrumento de que para ello se valdría Lucifer sería un sacerdote católico de Alemania, Martín Lutero, que fue el primero en propugnar la destrucción de la Misa bajo instigación del demonio. Decimos bajo instigación del demonio —el mismo Lutero así lo reconocería luego—, pues Lutero enseguida «adivinó» dónde debía golpear para atacar a la Iglesia y al Papado, según su famoso adagio: «**Destruíd la Misa, y destruiréis la Iglesia [papista]**». Veamos algunas de sus afirmaciones:

«Cuando hayamos aniquilado la Misa, habremos aniquilado el Papado en su totalidad; porque el Papado —con sus monasterios, obispados, colegios, altares, ministros y doctrinas— se apoya sobre la Misa como sobre una Roca. Todo esto caerá cuando haya sido reducida a polvo su sacrilega y abominable Misa... Sin embargo, para conseguir este fin con éxito y sin peligro, será necesario preservar algunas de las ceremonias de la misa antigua para la gente de mente débil, que se escandalizaría con un cambio demasiado brusco».

Así pues, Lutero pretendió destruir la Misa, pero no de manera drástica, para que el pueblo fiel no se opusiera, sino cambiándola de manera lenta y gradual, diciendo a la gente que sólo quería simplificar la liturgia para que les fuera más fácil comprenderla. Su primer paso fue componer una nueva traducción de la Bi-

blia, seguida de la traducción de la Misa del latín al alemán. Mas como Lutero no creía que la Misa fuese un sacrificio, ni tampoco en la transustanciación, esto es, en la conversión del pan y del vino en el Cuerpo y Sangre de Cristo, redactó su *Formula Missae*, en la que decía:

«Debemos declarar en primer lugar que nuestra intención no ha sido abolir la adoración a Dios, sino únicamente purgar su rito de todas las adiciones que la habían mancillado. Me refiero a ese abominable Canon, verdadera cloaca de lagunas fétidas, que ha hecho de la Misa un Sacrificio, y le ha añadido ofertorios. **La Misa no es un sacrificio, no es el acto de un sacerdote supremo ofreciendo un sacrificio. Considéresela como un sacramento o un testamento; llamémosla bendición, o eucaristía, o mesa del Señor, o memorial del Señor, o de cualquier otro modo que nos guste, a condición de no mancillarla con el nombre de sacrificio.** Al descartar el Canon, descartemos todo lo que implica oblación, y nos quedaremos así con lo que es puro y santo».

Según esto, en la nueva Misa en lengua vernácula se preservaron muchas partes de la Misa tradicional, pero se eliminó el Ofertorio y la Consagración. También se insertaron más lecturas de la Biblia. Luego se abolieron los altares, por representar el carácter sacrificial de la Misa, y en su lugar se pusieron mesas, de modo que los sacerdotes estuvieran cara al pueblo. También se quitaron todos los crucifijos, que recordaban el Sacrificio del Calvario. Después de Lutero, aparecieron en escena otros sacerdotes con cambios más drásticos: abolieron los ornamentos sagrados, permitieron a la gente recibir la Comunión en la mano, descartaron el canto gregoriano y el uso del órgano, y en su lugar promovieron el uso de música folclórica con trompetas e instrumentos de cuerdas. Estos sacerdotes y monjes católicos, infectados de un fiero entusiasmo por los cambios, destruyeron altares, quemaron imágenes, hicieron añicos las estatuas y abandonaron sus hábitos.

La Misa se transformó así, de renovación del Sacrificio del Calvario que era, en una reunión comunal del pueblo de Dios. Y esta profanación fue realizada por sacerdotes, usando templos, monasterios y conventos católicos. La mayoría de la gente, que seguía siendo católica en sus ideas y tradiciones, fue perdiendo la fe a medida que asistía a los servicios pervertidos en sus iglesias «católicas», y acabó cayendo en la apostasía. Y, por supuesto, sus hijos, expuestos a los nuevos servicios desde temprana edad, crecieron sin un conocimiento real de la única y verdadera Iglesia fundada por Cristo.

¿Cómo no escandalizarse entonces de la declaración de L'Osservatore Romano del 13 de octubre de 1967? En ella podía leerse: «**La reforma litúrgica ha dado un notable paso al frente en la senda del ecumenismo, acercándose más a las formas litúrgicas de la Iglesia luterana**». La intención confesada de Lutero era la destrucción de la Misa, y hete aquí que el periódico del Vaticano se jacta de que con la Misa nueva nos hayamos acercado más a la forma luterana de dar culto a Dios.

3º Plan de las sectas ocultas contra la Misa.

El Concilio de Trento, y la Bula *Quo primum tempore* de San Pío V, lograron levantar por fortuna un dique protector de la Santa Misa dentro del mundo cató-